

MACARIO OFILADA MINA

Narraciones parañaqueñas

Revista Filipina

2020

© Macario Ofilada Mina

Revista Filipina. Revista semestral de lengua y literatura hispanofilipina
<https://revista.carayanpress.com/>

Edición de Manila, 2020

ISSN: 1496-4538



Este obra está bajo una licencia de *Creative Commons*
Reconocimiento 4.0 Internacional

Foto de tita Pilar y mi madre

¡Me cago en este p--o tráfico en Metro Manila! No te permite vivir tu vida. Te estresas solo para ir al trabajo, al súper, a la iglesia, a la farmacia. Vamos, no te deja vivir. Te mata. Incluso los fines de semana. Menos mal que me han concedido los días libres los domingos y los lunes. Así podré hacer muchos recados.

Si no fuera por estos dichosos embotellamientos cotidianos que transforman a nuestras carreteras en escaparates apocalípticos y posmodernos de la parada total de la realidad. Ya no son carreteras sino zonas de estacionamiento que duran horas y horas, días y días. Sol y lluvia. Bochornos y tifones.

Hasta que murió mamá, no costaba nada para ir a ver a tita Pilar. Vivíamos entonces en Cubao y ella en New Manila. Prácticamente éramos vecinos. Podíamos haber vivido en la misma calle pero por decisión de mi tita, era mejor que nos alejáramos un poquito para que mi madre se independizara, pero esto fue un fracaso, pues no había distancias entre hermanas que se veían todos los días.

Desde la calle Seattle, al lado de la Catedral de Cubao, tardaba solo unos 10 minutos en coche para llegar a su casa, en la Avenida de Broadway. A veces hacía footing hacia su casa para desayunar ahí o donde me esperaba mi primo para hacer footing conmigo hasta acabar en un McDonald o Starbucks en Tomás Morato. A veces hay atascos en Aurora Boulevard. Pero se agotaron todos nuestros ahorros y tuvimos que vender para pagar nuestras deudas y otras hipotéticas e irnos a vivir al sur, a Parañaque, a una casa más chica pero más linda, al menos para recapacitar, para comenzar una nueva vida sin papá. Yo y mis hermanas. Soy el único con dos hijos, ambos adolescentes. Hemos tenido que aplazar nuestra boda, pues no podemos con los gastos de la larga enfermedad de mi padre. Menos mal que Cynthia mi novia comprende y me ayuda. Por no hablar el español o por no ser de una familia de ascendencia española no le ha dado una oportunidad mi tita Pilar, mi segunda madre, la otra madre que yo y mis hermanas hemos conocido, pues nuestro padre murió cuando yo tenía cinco, Charito tres, Carmencita solo acababa de cumplir un año.

Al enviudar, le entró una depresión a mi madre quien rompió todas las fotos de mi padre. No me acuerdo de cómo era. Cada vez que preguntaba por él o que le pedía a mi madre que me contara cosas de él, se rompía a llorar y mi tita Pilar me pellizcaba en las nalgas o en el brazo diciéndome que no le hiciera sufrir a mi pobre madre, pues había sufrido mucho cuando un cáncer mató a nuestro padre. No me acuerdo del entierro ni del funeral. Éramos unos niños entonces, me explicaba mi tita. Claro, que esas cosas no las comprendíamos entonces. La mocedad consiste en protegerse o ser protegidos de las lágrimas. Nos hacemos adultos, o empezamos a serlos, cuando comencemos a llorar de verdad y no solo por unos berrinches y caprichos.

Mi primo Manu es como mi hermano. Es mi hermano. Y mejor amigo de toda la vida. Los dos mujeriegos. Hasta que conocí a Cynthia. De hecho, fue Manu quien me dijo que yo debería respetar esta vez a Cynthia. Mamá era la única hermana de su Manang Pilar. Mi madre decía que su hermana mayor tenía entrañas de madre, desde que la suya se murió al comienzo de la segunda guerra mundial. Estaba en el Templo de Santo Domingo cuando lo bombardearon los japoneses a punto de entrar en Manila como los nuevos dueños hasta que McArthur cumplió, por fin, su promesa.

Gracias a Facebook, a Twitter, Instagram, al móvil todos los días estoy en contacto con Manu y con su madre. No hay nada especial. Salvo cuando tuvimos que llevar a mi tita a urgencias de Saint Luke's, dos semanas tras el entierro de mi madre, cuando le dio un ictus

que la ha paralizado de la cintura para abajo. Pensamos que había perdido el habla. Pero no, a Dios gracias. Sin embargo, cambió mucho. Dejó de ser locuaz, expresiva. Solo hablaba para decir lo esencial. Lo esencial es invisible a los ojos, como solía repetir parafraseando al primer libro de cuentos infantiles que me leyó a mí y a mi primo, es decir, hermano mayor Manu, mi guardaespaldas, mi consejero, mi director espiritual y yo también de él, aunque mis beaterías no le han influido o surtido efecto para nada, porque es un gran pecadolllll, como decíamos cuando éramos aún unos mocosos. Este cabrón no deja de mandarme fotos de chicas con tetas al aire y culos grandes, como nos gustan, incluso cuando yo empecé a salir con Cynthia. La última vez fue la semana pasada. Incluso cuando está guardando cama, a causa de la fiebre o de la diarrea, está entrando en sitios de porno y me los comenta. Bueno, Manu, como actor y modelo de éxito —e incluso con algunas pelis eróticas y unas fotos reveladoras que disgustaron a su madre y a la mía— sigue teniendo muchas chicas, y siempre quiere que yo sea el primero o el único, para no disgustar a su madre beata, beatísima, en saber sus conquistas.

Manu nos llevaba a todos, tras el estreno de algunas de sus pelis, incluso las eróticas, a cenar a los restaurantes más caros de Metro Manila, siempre pidiendo el parecer de las dos hermanas a quienes llamaban mami. Para él, sus dos madres son su *number one*. Manu llamaba mami a mi madre y a su propia madre, mamá. Sus novias o chicas o juguetes solo ocupan el tercer lugar. Después de su familia. Yo no me atrevía a llamar a mi tita mami. Siempre, tita Pilar. Como mis hermanas. La llamo tita con verdadero cariño mientras que ellas por costumbre.

Yo soy el sobrino preferido. Bueno, el hijo preferido junto a Manu, el actor porno, como decía su madre, intentando ocultar el orgullo que le tenía por su éxito. Mientras que yo, el empollón de la familia, trabajo en un centro de llamadas, como Cynthia. Pero jamás de los jamases me comparó mi tita con Manu. Ni mi madre. Todos sabían que es difícil encontrar un empleo estable y que pagara bien. Mi tía sabía perfectamente los percances de los agentes en un centro de llamada y que los clientes muchas veces puede que sean muy pesados y maleducados. Me aconsejaba que no perdiera los papeles y que siempre, siempre, siempre era preciso ser una persona educada con los maleducados. ¡Hay que ser educados!, me repetía a mí, y a Manu, quien muchas veces se queja de los admiradores de ambos sexos que se pasan de la raya, y a mis hermanas, quienes por timidez se olvidan de besarla o saludarla al entrar en su casa.

Ah, me acuerdo de la primera noche que pasó mi tita en cuidados intensivos. Nos dijo a todos: “¡Me cago en los lechones, jamones y chicharrones! A partir de ahora, ¡verduras, legumbres y pescados!”. Fue la única vez que le vi cabreado con nosotros y que se nos dirigió así porque siempre había sido tierno, comprensivo, cariñoso. Manu siempre había sido un consentidor de todas nuestras travesuras como nosotros de él. Le encubríamos y lo seguiremos haciendo. Siempre me avisaba de sus escapadas. Nunca fue dominante, aunque le amamos como nuestro hermano mayor. Y este papel lo cumple con creces. Mas sin pasarse.

Quizá perdió los estribos porque no estaba acostumbrado a ver a su madre en esa condición. Menos mal, mejoró algo, pero no era la misma. Cuando llevamos a la Tita Pilar a casa, Manu me pidió perdón diciéndome que no podía soportar el perder a sus dos madres en tan poco tiempo por el dichoso puerco. Le respondí con una sonrisa. Él me comprendió. Siempre fue el que mejor me comprendió, como si fuésemos gemelos. Y añadió el cabrón: “En cuanto acabe todo esto, para bien o para mal, te juro, macho, volveremos a comer lechón y bagnet. Todo lo que quieras”. Le repliqué: “Hay que seguir viviendo”. Asentó con la cabeza y me volvió a sonreír diciéndome que éramos unos mamones a quienes les gustan los jamones. Añadí, emulando a su madre, con una voz atiplada: “¡Hay que ser educados!”. Se río y me dio un palmazo en la espalda.

Y nos parecemos mucho, Manu y yo. Me saca solo unos meses. Somos como nuestras madres. Pero él y mi hermana Bea son clavaditos. De hecho, es el hermano mayor que nunca

tuvieron mis hermanas, puesto que yo las dejo vivir en paz mientras que él siempre las vigila, hasta el punto de amenazar a los varios pretendientes de mis hermanas, sobre todo de la pequeña Bea. En el cole de los jesuitas, como era más alto y cachas que yo, me protegía de los *bullies* puesto que entonces yo tenía aspecto de mocoso malnutrido. Los *bullies* le tenían miedo porque era el capitán del equipo de taekwondo del cole.

También protegía a mis hermanas que estudiaban en el colegio de las monjas americanas de al lado. Decía a los chicos de mi cole, con toda la brutalidad de la naturaleza y sin la elegancia de la que soy capaz, que como hicieran alguna tontería con mis hermanas, que él llamaba sus hermanas, tendrían que habérselas con él.

Ah, tenía otro tío. Es decir, mi tita y mi madre tenían otro hermano. También muy querido por mi tita y también por mi madre. Mi tío Antonio, el mediano entre dos hermanas muy formidables, se murió en la guerra. Los japoneses en retirada lo mataron en Intramuros. Era un adolescente. Un buen jugador de baloncesto como mi abuelo. De hecho, formaba parte del equipo oficial del colegio. Era el moreno entre los hermanos. Mi padre, según me contaron, era también morenito por lo que mi tita le llamaba Negrito. Me contaron que mi abuelo desheredó a mi tío cuando se echó una novia americana, protestante y, para más inri, hija de francmasón. Quería casarse con ella en cuanto acabara la guerra y de hecho ya se fue a vivir en casa de ella en Intramuros, a unos pasos de la antigua casa familiar en la Calle Real. Según la leyenda familiar, mi abuelo rompió todas las fotos de él, por lo que no tengo ni idea de cómo era, pues nunca he visto una foto suya. Tampoco vi una de mi padre, pues al enviudar, en un momento de depresión y desprendimiento, mi madre quemó todas sus fotos.

Ya ves, soy de una estirpe a quien le gusta romper con el pasado; preferimos darle la cara al futuro, desafiando al presente. Sin recuerdos ni sentimentalismos. Nunca hemos sido unos llorones, salvo en momentos excepcionales. Y lloramos en silencio, en silencio, en silencio. Sin testigos ni acompañantes. Solo la soledad.

Pero, ¿por qué diablos no somos capaces de perdonar, al menos con las fotos?

Lo mismo con el padre natural de Manu. Era un innombrable. No se le puede perdonar. Ni siquiera Chicho supo el nombre de su padre. Nunca se lo dijo mi tía. Ni mi madre. Mi madre me mandaba callar diciéndome que por lo menos yo sabía el nombre de mi padre, Francisco. Como yo. Yo soy Francis, junior. Pero no me llaman junior. Me llaman Paco o Francis. Y no cesaron de repetir, tanto mi madre como mi tita, que mi padre trató a primo como si fuese su hijo. Pero lo extraño es que ni siquiera Manu tenga recuerdos de mi padre. Debido a la inexistencia de fotos o reliquias, el caso es que como si nunca existiera mi padre, como el suyo. Mi padre, como el de Manu, era como el padre fantasma, propietario absentista, marido que nunca está o estuvo. Menos mal que se conservan fotos de nuestra abuela, Isabel, quien murió al dar a luz a mi madre, su junior, la Nena.

Nos dijeron mi madre y mi tita que mi padre tuvo una muerte súbita y que está enterrado en La Loma junto a mis abuelos, pero nunca le han puesto una lápida o nunca lo han podido hacer, dado que mi madre pidió que no lo hicieran, porque estaba muy, pero que muy muy deprimida.

Lo que queda claro era lo que nos dijo a mí y a mis hermanas en lo más álgido de la enfermedad de mi madre: Como bien saben, ustedes son mis hijos. Siempre les he tratado así. Y no como sobrinos. A Manu lo traje al mundo. A ustedes, Nena. A todos ustedes les quiero igual. Esto no se lo olviden, ¡jamás! Siempre he sido para todos ustedes una madre, como mi hermana Nena.

Bueno, debía visitarla más, ya que lleva un año así. Pero Manu me dice que yo no sufra y ella no sufre. De hecho, esta bien dentro de lo que cabe. Pero tita Pilar también entró en su mundo de silencio. Ha dejado de ser la dicharachera. No quiere salir. Ni siquiera para ir a la parroquia de los Carmelitas, quedar con sus hermanas terciarias, inmiscuirse en la corriente de marujeo en la parroquia o en el vecindario de ricos antiguos y trepadores nuevos. Desde que volvió a casa hace cosa de 11 meses, solo ha salido de casa para ir al médico o a comer

en varios sitios o a saborear el olor del mar. Se pasa el santo día en el balcón de la primera planta de su casa que le ofrece una vista espléndida de New Manila: Broadway Centrum, Aurora Boulevard con el Metro MRT, la parroquia, muchas mansiones de la posguerra filipina...

Si no fuera por las distancias, los atascos y los días libres. Ella, junto con mi madre, ha sido mi madre. Mis hermanas, más que cariño o afecto, le tienen miedo o respeto, por así decirlo. Tal vez esto se debe a sus interminables sermones de los chicos son o somos malos, que los chicos solo se aprovecharán de ellas, siempre haciendo un guiño hacia Manu y a mí. Manu y un servidor siempre hemos sido los preferidos. Pero mi tita nunca faltó a sus hijas, es decir, mis hermanas.

A mi madre sus depresiones la convirtieron en una inútil. Durante un tiempo, después de la muerte de mi padre, vivimos en su casa en New Manila, pero veía a mi tita para que mi madre superara su depresión, porque de verdad mi madre empezaba a depender de su hermana. Pero mi tita no puede sufrir ver a su hermana así, por lo que esta medida no ha surtido efecto. Mi madre envejeció pronto mientras que mi tía tardó en perder, en sustituir, su pelo castaño con el blanco nacarado de su vejez, que mi madre adquirió tras el fallecimiento de mi padre

Todos los días estaba en nuestra casa, organizándolo todo, porque mi madre ya no era capaz. Me acuerdo de madrugar los fines de semana para acompañarla y a Manu a hacer la compra a Farmer's Market o a la Quinta. Ella hacía la compra para su casa y para la nuestra. También íbamos al súper. Ella lo pagaba todo. Lo mismo que Manu, quien no me prestaba dinero, sino que me lo daba cuando lo necesitaba, sobre todo cuando empecé.

Ella supervisaba la limpieza de nuestra casa. De nuestros nobles muebles de Narra, Camagong y Molave. Parte de la herencia de nuestro abuelo. De cada rincón, cuarto, salón, estantería. Ella misma echaba cera en nuestros suelos de madera. Tita, amén de ser una energúmena, era muy generosa con su hermana en estas cosas. También organizó las orquídeas, calachuchis, rosales, sampaguitas... en la competencia entre estas flores para la corona de reina de nuestro jardín, de nuestro oasis en esta jungla de concreto y cemento que es Cubao; y en la azotea con sus tiestos, baldosas y sombras de helechos, hiedras, viñas. Traía un cactus florido al menos dos veces a la semana de su propia colección. Para ella simbolizaba la sequedad, resiliencia, resistencia, elasticidad, adaptabilidad, fortaleza, firmeza, solidez e incluso la capacidad de recuperación. Esperaba que su hermanita se aplicara el cuento, se percatara del significado de esta metáfora, se espabilara, se despertara de su letargo.

Pera era en la cocina donde era formidable. La reina indiscutible, un título que compartía con mi madre y a quien animaba para que lo recuperara. Tita sacaba a mi madre de la cama para que juntas pasaran largas horas de preparar los platos de siempre: paella, callos, lengua con tomate o con salsa de setas, bacalao al pilpil o con tomate, lubina ahumada, galantina de pollo o de pato, jamón casero. Las dos con sus mandiles, chismorreando, criticando a las ricas del vecindario, hablando de las indiscreciones de los curas y frailes, la política con el impresentable que ahora es el inquilino en Malacañang, etc.

Y también con los dichosos hobbies: hacer jabón, ir juntas a clases avanzadas de pastelería o de francés o alemán, a vender pisitos y casas, dado que mi tita es una famosa corredora inmobiliaria, amén de joyera, partidos de *mahjong* con algunas terciarias, ir a Divisoria para comprar cualquier tontería o por el placer de regatear como locas, ir a Tagaytay a comer bulalo, o a disfrutar del escenario o a pasar una noche o dos juntas en un hotel de lujo o *bed and breakfast* para cotillar toda la noche, solo ellas dos, dos hermanas unidas.

En fin, todo esto acabó cuando murió mi madre. Y vi que mi tía iba por el mismo camino que mi madre, por lo que hay que animarla. Una pena que no tenga hijas o no pueda contar con sus sobrinas, que son unas pasotas y desastres.

Creo que fue cosa de una semana que estaba desembalando unas cajas que seguían cerradas desde nuestro traslado, encontré un sobre que contenía muchas fotos de mi madre y tita. Había muchas fotos. Yo pensé que las conocía o había visto todas, pues son copias, hasta que me topé con una que me llamó la atención muchísimo.

Era una foto en blanco y negro de las dos hermanas adolescentes, claramente cuando estudiaban en el colegio de las asuncionistas en la calle Herrán y un adolescente, guapo, moreno como ellas, sonriente. Él en medio de ellas, con sus brazos encima de sus hombros. Creo que era un Atenista del colegio de los jesuitas de al lado. No lo sé. A lo mejor esta foto fue tomada en el Parque la Luneta, creo ver el antiguo Hotel de Manila detrás de ellos. Si mal no recuerdo, mi abuela, por las fotos de ella conservadas en casa de mi Tita, tenía esas cejas. En esos momentos, no lo podía confirmar. Tendré que ir a casa de mi Tita para comprobarlo. A la vuelta, vi una nota: La única foto que se escapó de papa...

La foto se la enseñé a mis hermanas que exclamaron que el chico se parecía a mamá y a la tita, pero al menos medía casi dos metros, lo cual explicaba el uniforme de jugador de baloncesto que llevaba puesto, y por qué Manu y yo somos muy altos, sobre todo mi primo, quien también había sido jugador de baloncesto. Mis hermanas también son más altas que los chicos regulares, por lo que era difícil para que echasen novios. Yo no estaba convencido de ello, pero el voto de este colegio electoral familiar fue unánime. Era nuestro tío Antonio. Ahora ha dejado de ser un fantasma. Ahora tenemos una imagen, un vínculo con él, para conocer mejor nuestras raíces. Bea me pidió la foto para hacer con el ordenador una reproducción de la misma más grande, más clara, para enseñársela a Chicho y a su madre.

De verdad, me sentí orgulloso por mi hallazgo. Aunque sea solo para satisfacer a nuestra curiosidad, la de nuestra generación que ignora muchas cosas sobre nuestra familia.

Y de pronto al ver la porquería de nuestra nueva casa me acuerdo de los azulejos inmaculados y las baldosas brillantes de nuestra antigua casa, con flores y decoraciones, gracias a mi tita. La verdad es que añoro esa casa, esos años, esa cercanía...

Todo queda muy lejos, aquellas hermanas tan guapas, ese hermano guapo también redescubierto, resucitado del olvido, de la ignorancia por medio de un encuentro fortuito, sin rédito electoral, sin exhumaciones con tanta publicidad en grandes mausoleos. Vi que a Bea se le escapaban unas lágrimas mientras trabajaba en la computadora. Vi que estaba algo manchada la foto original. ¿De lágrimas? ¿De sudor? Tito Antonio está manchado, sí. Pero ya no olvidado, rescatado de la pureza, de la blancura de nuestra versión familiar de la memoria histórica.

Cuando acabó con hacer unas buenas y grandes reproducciones, me las entregó en un sobre bonito. Bea se quedó con algunas copias. Guardó el archivo en su portátil.

Al cabo de unos tres días, me llamó Manu diciéndome que viniera a comer a su casa el domingo, pues nos quiere hablar a mí y a él su madre en tono solemne. Tal vez se trate de su última voluntad o testamento. Yo le pregunté si otra vez volvería a echarnos un discurso de moribunda su madre, y me dijo que esta vez parecía que iba en serio. Pero me aseguró a la vez que está divinamente dentro de lo que cabe, y que había estado hace poco con sus médicos, sus nuevos confesores del alma, y aseguraron éstos que se encontraba fenomenal esta anciana bella, luchadora, determinada. Y, ¡ah que le trajera un bilao de Pancit Malabón que se compra en nuestra nueva urbanización, que le encanta a Manu! Amén del pancit (compraré también otro de Cantón por si se anima mi tita) les traeré este nuevo hallazgo mío. Le advertí de antemano que no creía que acompañara ninguna de mis hermanas y respondió mi primo, perdón mi hermano, que eso no le extrañaba para nada. Me vino a la memoria cuando tita Pilar obligaba a mis hermanas a que aprendieran a cocinar al menos los guisos tradicionales de nuestra familia cuando venía a nuestra casa en Cubao todos los días, incluso pasar la noche ahí compartiendo la cama con mi madre, obligando a Manu a que hiciera lo mismo, pues a éste le encantaba la idea, al menos nos daba la oportunidad de hablar y compartir como hermanos nuestros desahogos y esperanzas.

Llegó el domingo. Antes de salir de casa, vi que una gata, una de las muchas que mis hermanas habían adoptado desde que tomamos posesión de esta casa, adoptada por nosotros, daba sus tetas a mamar a unos cachorros que no eran suyos sino que eran de su hermano. También disfrutaban del sol tibio. Soplaban una brisa que anunciaba que llegaba el tifón, anunciado por los meteorólogos. Esto me recordó que Manu y yo éramos también hermanos de leche. Mi madre era quien lactaba mucho. Nosotros lo hemos compartido todo, la sangre, la leche... incluso en momentos difíciles. ¡Bonita metáfora! Si hubiera tenido más tiempo, les habría sacado una foto con mi teléfono.

Yo había encargado dos bilaos grandes el sábado por la tarde. Fui primero a misa a la Catedral de Cubao, a nuestra antigua parroquia. Hice una visita a la cripta, a mi madre, la única inquilina de un nicho caro que había comprado mi tita. Claro que querrá enterarse aquí mi tía, junto a su hermana, pues a las dos les resultaba repugnante el estado actual del cementerio de La Loma de nuestros antepasados. A mi tía le gustará compartir nicho con su hermana por toda eternidad, pues habían estado juntas. Me decía que las dos lo compartían todo, todo, todo. No se escatimaban nada, nada, nada. Solo la muerte ha separado a las dos. Pero solo temporalmente.

Entré en el salón tras dejar los dos bilaos en el comedor que estaban preparando las chicas. Vi que se preparaba casi una fiesta, pues había de todo: un poco de lechón, sopa de mariscos, pescado ahumado, ensalada de helecho y huevo de pato salado, callos con tomate, arroz blanco, refrescos. Vi a Manu hablando con dos adolescentes en el salón principal. Me saludó con la mano y me dijo que subiera inmediatamente. Iba a enseñarle la foto. Pero me repitió que tenía que subir inmediatamente y que no estaba mala su madre. Noté que me hablaba seca y seriamente, con aquellos ojos expresivos que querían hablarme inmediatamente —que antes me decía que puedes depender de mí para todo lo que sea pero ahora que me imploraba, que me pedía socorro, que me quemaba con esa mirada intensa, confusa, dolida—, pero no era posible en aquellos momentos debido a la presencia de los invitados.

Mientras yo subía las escaleras de narra y molave, anunciaba mi presencia a mi tía: “Te he traído pancit. A ver si te provoca las ganas de comer”. Al llegar al descansillo, a punto de llegar a la segunda planta, oí carcajadas y voces cantando al unísono: “*I know a dark secluded place, I know a dark secluded place... Hernando’s hideaway!*”. Vi que mi tía estaba acompañada por un señor mayor en traje de barong. Estaban comiendo bajo la vigilancia de la cuidadora de mi tía. Con el aire acondicionado puesto y dos ventiladores grandes daban hacia su dirección. Un señor alto pero encorvado, algo gordete, con pelo canoso y con la piel morena. ¿Sería el abogado nuevo, pues se murió el otro hace unos meses? Cuando se percataron de que ya estaba a unos metros de ellos, los dos me dirigieron la mirada sonriendo. Se levantó el hombre. Estaba a punto de darle un besito a mi tita pero me quedé de piedra. Ese señor era el de la foto que tenía en el sobre que sostenía mi mano en aquellos momentos. Sólo que con el pelo canoso. Aquellas cejas. Aquellos ojos sonrientes pero un poco tímidos. Habló mi tía como una emperatriz oriental cuando despachaba a sus eunucos y damas acompañantes:

—Curro este es Paco... Paco, dale un beso a tu padre como ha hecho esta mañana tu hermano Manu. Sí, hijito mío, ustedes son más que primos. Y Nena es tu verdadera madre aunque ya sabes que siempre te he querido como a un hijo, como a Manu que es mío. Ustedes son de verdad hermanos, no solo de leche, pero de un solo costado. Ah, y supongo que tu hermano ya te habrá presentado a tus otros dos hermanos ahí abajo. ¿Cómo se llamaban otra vez tus hijos con nuestra excriada Trini?... No te oigo muy bien, cariño. Habla más claro. Como siempre tartamudeas... Probablemente, querrás inhumarla con la Nena ya que el nicho que compré en Cubao vale para cuatro urnas. Ahí todas tus mujeres te esperaremos hasta que te toque, para compartirte por toda la eternidad... Paco, ¡anda dale un beso a tu padre, quien quiere volver a estar con nosotros! Si no quieres, por lo menos dale la mano y baja a comer

con tus hermanos. Manu te necesitará ahí abajo, pues siempre has sabido hablar mejor que nuestro querido actor porno que siempre necesita guiones y explicaciones... Ah, y luego, después de comer, quiero que suban todos... tenemos que hablar todos. Ah, y dile por favor a las chicas que nos traigan el café... y un poco del pancit que me has traído. A tu padre también le encanta. Oye, no te me vayas sin darme un besito y darle la mano a tu querido padre al menos. Al menos, dile que estás encantado de conocerle. ¡Hay que ser educados!

Sinfonía gallega sobre la mar filipina

- ¿En qué estás metido, papá?
- Lo de siempre.
- ¿Sigues con tu sinfonía? Un besazo... ¡Muaaaaahhhhh!
- ¡Muaaaaahhhhh!
- ¿Has desayunado?
- Solo un cafetito. Bueno, creo que era un cafetito. ¿Me has traído filipinos como te pedí?
- Están ahí en la mesilla... ¿Te apetecen algunas ahora?
- No... en estos momentos, no. Quizás luego. La chica me las traerá con mi segundo cafetito de esta mañana. Ella es como un reloj.
- Y yo nunca he llegado a aprender a ser puntual.
- Solo para tus actuaciones.
- Solo para mis actuaciones.
- Es la sangre filipina que corre en tus venas.
- La sangre filipina que corre en mis venas.
- ¿Sigues con tu sinfonía?
- ¿Sigo con qué?
- Con la sinfonía. ¡Anda, no estás sordo! No te hace falta un aparato, ¿no?
- Que sí, con la sinfonía. No te puedo oír con esas olas un poco furiosas pero encantadoras.
- ¡Ah sí! Encantadoras... ¿Furiosas?
- Como tu madre.
- Como mamá.
- Y, como tú.
- Gracias.
- Oye, se te está cayendo la baba al besarme.
- ¡Cómo eres! Eres mi babosilla...
- ¡Qué sí, qué sí! Si te has fijado, Dolores besa igual como su madre.
- Pero ésa deja caer la baba en mis partituras. Al menos, tú me las respetas, je,je,je...
- ¡Ay, me estoy poniendo celosita!
- Ya ves.
- Me has cambiado por otra.
- Hablas como tu madre.
- Tú yo con tu sinfonía. Antes, dejabas las partituras cuando yo te pedía chocolatinas y caramelos. O cuando echaba a llorar por mis caprichitos... ¡Ay, cómo ha pasado el tiempo! ¡Ay! ¡Qué gozada! De verdad, ¡hace un día espléndido!
- Ya ves, Maruxita. Aquí estoy. ¿Oyes las olas? ¿Hueles todo esto? La mar, mi querida mar gallega me trae las delicias del cielo. ¡Ah, la sensación incomparable que te brinda la brisa salina con todas estas montañas! Estoy muy a gusto aquí en mi tierra, en nuestro pazo... Pero...
- Pero...
- Ya sabes, Manila está siempre en mi corazón. Es que si no fuera por tu madre...
- ¡Ay, papá, no empecemos!
- Parece mentira que sea filipina, y encima, manileña...
- ¡Ay, papá, déjala en paz!
- Añoro esa casa que teníamos en Pásay, en la calle Roberts, cerca de la playa...
- Yo también. Pero mami quería venderla...
- Para alejarme de las malas tentaciones.
- Para alejarte de las malas tentaciones.

- Pues, ella sabe mi debilidad... las orientales... sobre todo las filipinas.
- Menos mal que te ha permitido guardar estos discos de la Callas.
- Es que tu madre, con lo celosita que es... ¡me saca de quicio! Desde el último berrinche, la semana pasada, no se ha dignado a hablarme ni acercarse a mí, por lo que puedo escuchar estos discos de María Callas cantando Madama Butterfly. Imagínate que estaba a punto de tirar este disco de Madama Butterfly por celos.
- Pero la Callas era griega.
- Pero en esta ópera se disfraza de geisha. Mira esa foto en la portada. ¿No te parece una monada? Parece una muñeca del este. ¡Una oriental!
- Ah sí. Es que mamá a veces...
- Bueno por lo menos ahora al componer mi sinfonía sólo oigo la Callas cantando mi ópera preferida. Yo sigo creyendo que es la ópera más bella del mundo, y la segunda es la que compuse para tu madre, Conchita.
- Un bel di vedremo...*
- Escucha esa delicia expresiva. Ni siquiera la Tibaldi, con su voz cremosa, le llega a la suela.
- ¡Ay, papá, pensé que mami era tu soprano preferida! Ella fue tu musa. Compuso para ella dos óperas, veinte canciones cortas e incluso conciertos para piano.
- ¡Qué sí, qué sí, qué sí! Tu madre tenía en su juventud una voz dramática, muy expresiva. Mas no quiso continuar cantando ópera. Solo quería dar clases y transformarte en una soprano como ella.
- Y lo ha logrado. Gracias a ella, no hubiera llegado a tener este éxito en los escenarios. En España, Francia, Alemania, América... Pero ella cantaba mejor. Mi voz es más bien la de una soprano lírica.
- Pero tú estudiaste en Julliard...
- Ella fue mi primera y última maestra... Aquellos años en Julliard me abrieron los ojos... Si no fuera por sus conexiones, su apoyo, su ayuda nunca...
- Tú tienes talento natural, hija.
- Y la disciplina que me infundió mi madre... mi madre, la mejor cantante en el mundo... con una voz bella, tan potente... No muy común de esas gentes en Asia, que son muy finas. La suya era poderosa... y sobre todo, bella.
- Bella sí.
- Bella sí.
- Gracias a la mala leche y los berrinches...
- ¡Cómo eres! No creo que la calidad de mi voz llegue a las alturas de la de mamá.
- La tuya es bella también. Pero hay que reconocerlo. No tiene el grosor y la expresividad dramática que tu madre tenía. Pues, sí tu madre sigue siendo mi soprano *number one*. Tú también eres mi *número one*. Esta vez no creo se enfade tu madre pero que no se entere...
- Te juro que será nuestro secreto.
- Bueno, aunque se entera... no me importaría.
- No te importaría.
- ¡En absoluto! Una madre se pone celosa por su hija... Peor que el complejo de esos freudianos.
- Y, ¿por qué para tus momentos creativos sigues prefiriendo a la Callas? Uy, como se entere mamá.
- Por lo menos la Callas no es una pesada ni una celosa. Escucha eso... *Un po'per non morire al primo incontro ed egli al quanto in pena...* Tu madre supera todo eso con sus escalas y timbre. ¿Sabes la Callas es como la montaña que ve la mar? No como el Michael Jackson que idolatrabas en tu adolescencia.
- Otra vez con el Michael Jackson.
- Que descanse en paz.

- Amén. Desde que salieron noticias de que molestaba a esos niños...
- Bueno, dejemos esto. Si te oyera tu tío el mercedario, mi querido hermano, tu tío preferido... Ya sabes, su orden no anda muy bien con este papa jesuita con esos casos en el norte.
- En fin, María Callas, Michael Jackson. Dos *celebrities*. Dos figuras trágicas. Y yo un hombre trágico por amar a una sola mujer, quien a pesar de las muestras contundentes de mi fidelidad sigue siendo celosita. ¡Uf! Es como niña. Tienen muchas niñerías estas filipinas. Siempre los celos, la inseguridad, la furia a flor de piel.
- Pero bueno...
- Pero las más encantadoras en esta tierra. Mira a ésa con el Nóbel tras estirar la pata el ministro...
- Y su primer amor era gallego como tú.
- Y como tú, eres gallega también. Y filipina.
- ¡Con mucha honra!
- No como tu madre que quería borrar su dimensión filipina y venirse para acá tras encargarse a sus hermanos la venta de sus propiedades. Y con lo bien que se vive en Filipinas...
- Bueno, bueno...
- A ver si termino esta sinfonía, y me vuelve a hablar tu madre. Y yo podría ofrecérsela con mi chaqueta con cuero y como música de fondo, la de *Shaft* de Isaac Hayes.
- ¡Ay, papa! No tengo palabras...
- Para mí es la composición perfecta para seducir a una mujer... Y no me digas que las cantantes de ópera no saben nada de seducciones... Sus silencios son seductores... Y ahora los estoy experimentando.
- A pesar de ser cantante de ópera ella ha dominado el arte de hacer mutis por el foro.
- Ya me lo creo. Por lo menos, ha vuelto la paz a esta casa. Y supongo las dos estás siempre cotilleando cuando estoy absorto con mis composiciones. Incluso por teléfono. Por eso sois las clientes preferidas de la Telefónica. Incluso de noche. Su boca que es una ametralladora, no me deja dormir en paz. A pesar de tomarme esas pastillitas que me había recetado el médico. ¡Sois unas marujas!
- Pa, hoy en día se usan los móviles.
- ¡Qué sé yo cómo se llaman esos cachivaches! Son los inventos del diablo. El diablo no es solo padre de mentiras. Es también padre de marujeos.
- Ya sabes que aprendí el marujeo de ella, una maestra incomparable no solo en canto y piano, sino también en marujeo.
- Es que no hay lugar como Manila para dominar el arte del marujeo.
- Con todas las envidiosas por ahí.
- Bueno, la envidia está en todas partes.
- ¿Qué tal vas con la sinfonía?
- Llevo mucho tiempo intentando terminar esta obra sinfónica. Ya estoy en el último movimiento. Dios quiera que la acabe antes de que fenezca. Se la voy a ofrecer a tu madre para que ella vuelva a hablarme.
- Oh, papa. ¡No digas eso! Me moriré yo antes.
- Pues no me extraña. Con ese Andresito a tu lado.
- ¡Ay papá! No comencemos.
- ¡Bueno, bueno, bueno! Por lo menos me habéis dado dos angelitas tan monas. Menos mal que se parecen a ti, es que si no...
- ¡Vale, papá! Pero no es feo Andrés.
- Tienes razón, hijita mía. Michi es feo, pero Andrés es feísimo. Podías haberte casado con alguien del pueblo. Pero con un madrileño, tan frívolo, tan superficial, tan falso, tan rico, tan cosmopolita, tan creído, tan capitalista, tan materialista, tan ateo, tan socialista, tan picapleitos...

- Vale ya, papá. Es muy buen abogado y contable. Ha trabajado mucho para nuestra familia, por el bufete de su padre.
- Un hombre de letras y números.
- Bueno, si tú lo dices...
- Y, ¿no has podido encontrar a uno de melodías y ritmos?
- ¿Otro músico? Vaya pareja tú y mamá, con esos berrinches...
- Y noches de pasión y amor que no veas...
- ¡Qué horror! Por favor, no juzgues a los madrileños así.
- Ya sé que no todos de la ciudad son así. Solo juzgo a unos madrileños. Entre ellos los Ovalles.
- ¿Entre ellos, los Ovalles?
- ¡Y sobre todos los Ovalles! Estos crían en su chalé en Puerta de Hierro unos maleducados y pijos. Me encanta la capital. Pues, de Madrid al cielo. Lo que pasa es que no has tenido tiempo para poder filtrar la gentuza que pasa por tu mundillo.
- Yo solo hago mutis.
- Más te vale.
- Pero, papa explícame tu nueva sinfonía. Y no será tu última.
- Bueno, está dedicada a tu madre. Tal vez la cantes porque hay un aria para soprano al final, por lo que hemos de ensayar muy bien. Ya no estoy en condiciones para dirigir una orquesta. Esta tarea se la encargaré a Claudio, que es el único de mi confianza. No como Leonardo.
- Pero Leonardo y Claudio...
- Y no me hables de ese austriaco...
- ¿Quién? ¿Von Karajan?
- ¡Ya te dije que no me hables de ese fanfarrón!
- Yo quiero que sea Claudio, un italiano es más respetuoso con las indicaciones del compositor. Mira a Arturo. Ese hombre en el podio era incomparable. Y le tenía envidia por eso. Pero nadie puede dirigir mejor que yo *La mer* de Debussy. Ni siquiera Boulez. Esos franceses creen que son los mejores para la música de su tierra. Si solo tuviera la esbeltez de Arturo...
- Y su mal genio...
- Y su mal genio. Como bien sabes, yo no sería capaz de insultar a los músicos, pues soy músico también. Empecé como cellista. Si no fuera por aquel partido desafortunado de fútbol, nunca habría descubierto el mundo de la composición y de la dirección orquestas. Los músicos son mis colegas.
- Pero eres capaz de insultar a tu yerno.
- ¡Mi yerno no tiene música! Solo tiene euros y aquel paquete de que tú y tu madre marujáis...
- ¡Ay, cómo eres! Le dije que le llegó un paquete a Andrés... Sigues siendo un cachondo mental.
- Eso decía tu madre hasta que se enfadó la semana pasada.
- Fue hace un mes. Bueno, casi dos meses...
- Me da igual que sea un mes o una semana.
- Si tú lo dices...
- O se está escondiendo en tu casa o se ha ido a vivir con una amiga... A veces viene a por sus cosas, sus collares, su maquillaje, sus anillos, pendientes... Piensa que sigo dormido. O a lo mejor, lo estoy y como tiene mala leche... ella siempre da portazos, por lo que me despierta cada dos por tres... Una mamarracha, tu madre.
- ¡Bueeeeenooooo! No te pases... ¿Cómo se titula tu sinfonía?
- Sinfonía gallega de la mar filipina.

- ¡Sinfonía gallega de la mar filipina! Me parece formidable. Antes los títulos que ponías eran más sencillos, más directos.
- Pues éste quiere abarcarlo todo. Solo puedo pensar en la mar. Y la tengo tan cerca. Bueno, un poco lejos... desde aquel berrinche... Pero me sigue soplando. Oigo sus rugidos. Sus olas me arrullan de noche. Su color azul me hace cruzar fronteras de tiempo, de espacio. Me recuerda la melodía del universo, de aquella combinación y armonía que descubriría o describiría para encontrar la clave de toda nuestra existencia...
- ¡Qué filosófico te has puesto! Después de leer a don Miguel, a Ortega, a Heidegger, a Sartre, a Zubiri...
- No filosófico. Más bien autobiográfico. Y no olvides a Neruda, a quien mi paisano odiaba a muerte... incluso mandó a la cárcel a tu primo cuando organizó una lectura recital de Canto general.
- Bueno, si no fuera por él, nunca te habrías ido a Filipinas, para conocer a mamá...
- Eso sí... gracias a Paquito. Si no fuera por él, me habría casado con Lúcia.
- Yo creo que el título expresa tus orígenes, tu destino, tu filosofía...
- Y creo que será mi canto de cisne, el resumen de toda mi vida amorosa y musical...
- Oh, papa. ¡Qué pesado eres!
- Te cuento un secreto. Todos los movimientos están inspirados en la música de *Shaft*, pues la escuché el año en que naciste en Manila. Y desde entonces me ha gustado. Yo creo que Hayes era el mejor compositor en el mundo por esa pieza. ¡Pero claro!, con una orquesta tradicional y algunos instrumentos filipinos o surasiáticos... De momento, escribo la partitura para piano para luego transcribirla para orquesta...
- ¡Cómo eres!
- Ves tiene cinco movimientos que representan las cinco fases de mi vida. Los nombres de cada movimiento representan lugares significativos en mi vida. El primer movimiento: Adagio se titula “Ferrol, mi pueblo”. Este movimiento representa mi vida tranquila, antes de la aventura que me llevó a Manila, pues yo no me fiaba de mi paisano al final de la Guerra civil.
- ¿Y el segundo?
- Se titula “Cabo Fisterra”. Maestoso. Nunca he estado en ese lugar. Un día de estos iremos. A lo mejor ahí tu madre y yo pasaremos nuestra segunda luna de miel. Para los gallegos es donde acaba la tierra. Era la frontera de nuestros ensueños, de nuestras aventuras. Ahí están las piedras del santo, del santo de quien es devota tu madre como una loca. Y yo, gracias a ella, redescubrí la fe desde que me disgustó la actitud de los curas y de los obispos durante la llamada cruzada.
- ¿Puedo venir con vosotros a Fisterra?
- ¡Claro que sí! Y las niñas también. Ese feíto, no.
- Y, ¿no hay movimiento sobre Filipinas?
- Claro que sí. El tercero. Se titula “Pásay”. Donde vivíamos.
- ¡Ah, sí! Aquellas playas. Y también las de Parañaque. Ah sí, me acuerdo de todos esos mariscos en Parañaque, en Baclaran. Mejor o casi mejor que los que tenemos en Galicia.
- Para mí son mejores. Con sabor telúrico. El olor del mar de los trópicos. ¡Incomparable! Salvo los pulpos...
- Sí, salvo los pulpos. Pero, ¡qué atunes, ostras, bueyes de mar!
- Este movimiento es andante. Evoca nuestros años felices ahí. Empieza con tiempo sincopado para aludir al jazz de esa época.
- ¡Ay, sí! Fueron los años mejores de nuestra vida. Vivimos primero en la calle Villarruel, después en Cinco de Junio, hasta finalmente en Roberts. En aquella casa grande.
- Si no fuera por la celosa de tu madre, seguiríamos ahí. Se ponía celosa por cualquier cosa, por la vecina, por mis estudiantes en el conservatorio... Y además ya quería sentirse más española que las españolas de nacimiento.

- ¡Ay, qué cosas dices! A ver si la sinfonía la terminas ya...
- Espera hay dos movimientos más.
- ¿Tan larga es?
- Sí. Es una alusión a mi vida longeva. Mi vida larga es un don del buen Dios. Debía haberme muerto durante la Guerra civil, durante la guerra en Manila, los años de la ley marcial de Marcos...
- ¿Cómo se titula el cuarto movimiento?
- “Barcelona”. El comienzo recordará la Canción del fuego fatuo, que es tu aria. Ahí te estrenaste como cantante. Y acabará evocando las campanas del amanecer.
- ¿Escribiste este movimiento por mí?
- Todo por ti. Pero contigo no acaba.
- ¿Cómo dices?
- Es el movimiento que me queda aún por escribir. Es que peleamos, tu madre descubrió un antiguo cuaderno mío en el cuarto de trastos. Ya sabes que le gusta hurgar por ahí, por allá. Era un cuaderno de poesías que le escribí a Lúcia cuando salíamos juntos, cuando aún no había ido todavía a Filipinas.
- O sea, durante la Guerra civil...
- Se enfadó porque el cuaderno lo titulé *Garota de Ipanema*. Ella pensó que en Manila tuve una amante porque tenía fama de que gusto mucho a las sopranos y las pianistas... La madre de Lúcia era de Ipanema y su padre del pueblo... Te lo juro por los huesos de mi madre, tu abuela a quien nunca le cayó bien del todo de tu madre, como bien sabes.
- Y, ¿por qué no puedes terminar el último movimiento?
- El último movimiento se titula “Naufragio”. No es un lugar, sino mi situación. En el cuaderno, había un poema pronunciado por una chica que quería usar para que lo cantes como aria. Solo me acuerdo del título “Yo soy tu destino, la mar de tu ser”. En mis entrañas naciste y en ellas acabarás... Tu madre es la mar en que naufrago. La Callas es la montaña que oigo y desde la que veo la mar que es mi destino, donde acabaré. Ella es mi naufragio, en cuyas olas quiero morir...
- Tengo que irme. Volveré mañana. Quedé dentro de una hora con Andrés en El Corte Inglés en Argüelles. Ya sabes que es muy puntual...
- Pero hija, estamos en nuestro Pazo, ¿cómo llegarás a Argüelles con tanta velocidad?
- Me tengo que ir... ¡Muaaaaahhhh!
- ¿Quedaste también con tu madre?
- La visitaré este sábado o domingo.
- Dile que venga a verme y que se quede aquí... ya estoy empezando a echar de menos sus collares de muchas vueltas, como la señora de Paquito...
- ¡Ay, papá, cómo eres!
- ¿Sabes dónde vive? Me gustaría ir a llevarla esta sinfonía en cuanto la acabe y así pedirle que vuelva a casa.
- Sí en la Almudena.
- ¿Sabes el portal, el número?
- En la cripta, número 81... ¡Muaaaaahhh! Hasta mañana. Que seas bueno. Te traeré turrónes si ya los hay.
- Tráeme a tu madre, sin o con collares, y dile que no venga a las tres de la noche cuando estoy dormido para coger más cosas. Así dormiré mejor y la paz volverá a este pazo. Comprenderé si al principio no querrá compartir cama conmigo. Pero, ya veremos. En cuanto haga buen tiempo, daremos un paseo por el mar.

Y dejó caer una lágrima en las cuartillas blancas encima de la mesa y se quedó mirando a la cercana estación de Príncipe Pío abajo. Puede vislumbrarse un poco la sierra de Segovia a lo lejos pero hoy es un día nublado. Entró en la casa, vi que la mesa estaba puesta. Había

poté, arroz blanco, mucha fruta y castañas. Con un ademán, le hizo saber a la cuidadora que no se quedaría para comer. Al atravesar el salón, se fijó en el piano de cola de su madre, el cello de su padre, las estanterías con partituras y libros. Se detuvo unos instantes ante la foto de la boda de sus padres, tomada delante de la imagen de la Dolorosa en la iglesia de Pásay que es una réplica de la Piedad de Miguel Ángel. Tras secarse las lágrimas, volvió a echar una mirada a su padre que seguía en la terraza a pesar del fresco, con su jersey y su gorrito puestos, agitando los brazos como si estuviera dirigiendo la sinfonía que componía, que no ha logrado trasladar al papel. Su bastón de madera al lado de la puerta corrediza de cristal. Lentamente, ella abrió la puerta principal del piso y la cerró silenciosamente